

PIÑA

HIJA del sol, habituada á las fogosas caricias del bello y resplandeciente astro, la cubana Piña se murió, indudablemente, de languidez y de frío, en el húmedo clima del Noroeste donde la confinaron azares de la fortuna.

Sin embargo, no omitíamos ningún medio de endulzar y hacer llevadera la vida de la pobre expatriada. Cuando llegó, tiritando, desmadejada por la larga travesía, nos apresuramos á cortarla y coserla un precioso casaquín de terciopelo naranja galoneado de oro, que ella se dejó vestir de malísima gana, habituada como estaba á la libre desnudez en sus bosques de cocoteros. Al fin, quieras que no, la encajamos su casaquín, y se dió á brincar, tal vez satisfecha del suave calorcillo que advertía. Sólo que, con sus malas mañas de usar en vez de tenedor y cuchillo los cinco mandamientos, en dos ó tres días puso el casaquín majo hecho una gloria. El caso es que la sentaba tan graciosamente, que no renunciamos á hacerla otro con cualquier retal.

Porque es lo bueno que tenía Piña: que de

una vara escasa de tela se la sacaba un cumplido gabán, y de medio panal de algodón en rama se le hacía un edredón delicioso. ¡Y apenas la gustaba á ella arrebuarse y agasajarse en aquel rinconcejo tibio, donde el propio curso de su sangre y la respiración de su pechito delicado formaban una atmósfera dulce, que la traía vagas reminiscencias del clima natal!

De noche se acurrucaba en su medio panalito; pero de día, la vivacidad de su genio no la daba lugar á que permaneciese en tal postura, y todo se la volvía saltar, agarrarse á una cuerda pendiente de un anillo en el techo, columpiarse, volatinear, enseñarnos los dientes y exhalar agrios chillidos. Si la llevábamos una avellana, media zanahoria, una uva, tendía su mano negra y glacial, de ágiles deditos, trincaba el fruto, la golosina, ó lo que fuese, y mientras lo mordisqueaba y lo saboreaba y lo hacía descender, ya medio triturado, á las dos bolsas que guarnecían, bajo las mejillas, su faz muequera, nos miraban con benevolencia y no sin algún recelo sus contráctiles ojos de oro, ojos infantiles, que velaba una especie de melancolía indefinible.

Mucho sentíamos verla prisionera detrás de aquella reja de alambre; pero ¡el diablo que suelte á una criatura por el estilo! No quedaría en casa, á la media hora de haberla soltado, títere con cabeza. Un día que logró escaparse, burlando nuestra severa vigilancia, causó más averías que el ciclón. Volcó dos jarrones de flores, haciéndolos añicos por su-

puesto; arrancó las hojas á tres ó cuatro volúmenes; paseó por toda la casa la gorra del cochero, acabando por arrojarla en el fogón; destrozó un quinqué, se bebió el petróleo, y, por último, apareció medio ahorcada en los alambres de una campanilla eléctrica. De milagro la sacamos con vida, demostrándonos una vez más su escapatoria que la libertad no conviene á todos, sino tan sólo á los que saben moderadamente disfrutarla.

Pero claro está; la infeliz Piña, al verse libre y señera, se había creído en sus florestas del trópico, donde nadie arma bronca á nadie por rama tronchada más ó menos. Pasado el desorden de su primera embriaguez, cayó Piña en abatimiento profundo, no sé si por reacción de la febril actividad gastada en pocas horas, ó si por obra de la turca de petróleo. Causaba pena verla al través del enrejado, tan alicaída, tan pálida, con el pellejo de las fauces tan arrugado y el pelo tan erizado y revuelto. Su inmovilidad entristecía la jaula, y su plañidero gañido tenía cierta semejanza con la queja sorda del niño debilitado y enfermo. Comprendimos que era preciso intentar algún remedio heroico, y al primer capitán de barco que quiso aceptar la comisión le encargamos un novio para Piña.

¡Nada menos que un novio!

Porque conviene saber que Piña conservaba el candor, la inocencia, la honestidad y todas esas cosas que deben conservar las damiselas acreedoras á la consideración y respeto del

público. La flor,—si así puede decirse,—de su virginidad, estaba intacta. Y aunque ningún indicio justificara la atrevida y ofensiva suposición de que Piña estuviese atravesando la sazón crítica en que las doncellas se pirran por marido, la pena y decaimiento en que se encontraba sumergida eran motivo suficiente para que la proporcionásemos la suprema distracción del amor y del hogar. Aflojamos, pues, cinco duros, y el novio, muy lucio de pelaje y muy listo de movimientos, entró en la jaula como en territorio conquistado.

¿Estaría aquel galán empapado en las teorías de Luis Vives, Fray Luis de León y otros pensadores, que consideran á la hembra creada exclusivamente para el fin de cooperar á la mayor conveniencia, decoro, orgullo, poderío y satisfacción de los caprichos del macho? ¿Se habría propuesto llevar á la práctica el irónico mandamiento de la musa popular, que dice:

Tratarás á tu mujer
como mula de alquiler?

¿O procedería guiado por un espíritu de venganza y resentimiento, al notar que la joven desposada le recibía con frialdad evidente y con despego marcadísimo? Lo que puedo afirmar es que, desde el primer día, el esposo de Piña (al cual pusimos el nombre significativo de *Coco*) se convirtió en aborrecible tirano. Yo no sé si medió entre ellos algo semejante á conyugales caricias: respondo sí de que, ó por exceso de pudor (raro en gentes de su casta), ó

porque tales caricias no existieron, jamás advertimos que Coco y Piña, en sus mutuas relaciones, se hubiesen de otra manera sino de la que voy á referir.

Encogida Piña en un rincón de la jaula, entre girones de verdura, peras aplastadas y destrozadas zanahorias, llegábase á ella su marido, y bonitamente se le sentaba encima del espinazo, lo mismo que en cómodo escabel, poniéndole las dos patas sobre las ancas, y agarrándose con las dos manos al pescuezo de la infeliz, á riesgo de estrangularla. En tan difícil posición se sostenía en equilibrio Coco, sirviéndole de entretenimiento el atizar de cuando en cuando á su víctima un mordisco cruel, un impensado zarpazo ó una bofetada en los ojos. Ella, trémula, engurruminada, hecha un ovillo, se mantenía quieta, porque la menor tentativa de escapatoria la costaría mordidas y lampreazos sin número. Era inconcebible que el verdugo no se fatigase de estar así en vilo, pero no se fatigaba, y permanecía enhiesto en su pedestal viviente, como los sátrapas orientales que extendían al pie de su trono una alfombra de cuerpos humanos. Si nos acercábamos á la jaula, ofreciendo á la pareja alguna finecilla de dulces ó frutas, la zarpa de Coco era la que asomaba al través del enrejado de alambre, y sus papos los únicos donde iban á esconderse las fresas ó las almendras presentadas al matrimonio. Por ventura, dominada del instinto de la golosina, intentaba Piña alargar la diestra, mientras en sus ojos mortecinos, de arru-

gado y sedoso párpado, brillaba una chispa de deseo; pero inmediatamente los dienteclillos del marido hacían presa en sus orejas, el bofetón caía sobre sus fauces, y todo estímulo de la gula cedía ante la presión del dolor y del miedo.

Miedo, ¿por qué? He aquí el problema que me preocupaba, cuando me ponía á reflexionar en la suerte de la maltratada cubanita. Su marido, por mejor decir, su tirano, era de la misma estatura que ella; ni tenía más fuerza, ni más agilidad, ni más viveza, ni dientes más agudos, ni nada, en fin, sobre qué fundar su despotismo. ¿En qué consistía el intríngulis? ¿Qué influjo moral, qué soberanía posee el sexo masculino sobre el femenino, que así lo subyuga y lo reduce sin oposición ni resistencia al papel de pasividad obediente y resignada, á la aceptación del martirio?

Los primeros días, en una lucha cuerpo á cuerpo, sería imposible profetizar quién iba á salir vencedor, si el macho ó la hembra, Piña ó Coco. La hembra ni siquiera intentó defenderse: agachó la cabeza y aceptó el yugo. No era el amor quien la doblegaba, pues nunca vimos que su dueño la prodigase sino manotadas, repelones y dentelladas sangrientas. Era únicamente el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémina, esclava desde los tiempos prehistóricos. El quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni asomo de protesta.

Y Piña se moría. Cada día estaba más pálida,

más flaca, más temblona, más indiferente á todo. Ya no se rascaba, ni hacía muecas, ni nos reñía, ni trepaba por la sogá. Su débil organismo nervioso de criatura tropical se disolvía; la falta de alimento trafa la anemia, y la anemia preparaba la consunción. Nosotros habíamos desempeñado hasta entonces el papel de la sociedad, que no gusta de mezclarse en cuestiones domésticas y deja que el marido acabe con su mujer si quiere, ya que al fin es cosa suya; pero ante el exceso del mal, determinamos convertirnos en Providencia, y estableciendo en la jaula una división, encerramos en ella al verdugo, dejando sola y libre á la mártir.

Pintar los visajes y chillidos de Coco, sería cuento de no acabar nunca. Al ver que le ofrecíamos á Piña golosinas y alimento, sus gritos de envidia y cólera aturdían la jaula. Y al pronto, Piña... ¡oh hábito del miedo y de la resignación! no se atrevía á saborear el regalo, como si aun al través de la reja, en la imposibilidad de hacerla daño alguno, la impusiese el déspota su voluntad. Con todo, según fueron pasando días, renació en Piña la confianza, lo mismo que en su desollado cogote brotaba nuevamente el pelo. Reflorece su salud, engresaba, sus ojos de ágata brillaban, sus dientes parecían más blancos, su rabo prehensil estaba muy juguetón, y sus manos traviesas retozaban fuera de los alambres, complaciéndose en espulgar, por vía de caricia, á todo el que se acercaba á su prisión. Si á esto

se añade la proximidad del verano, lo suave de la temperatura, las frecuentes visitas del sol á la galería de cristales donde teníamos la jaula, se comprenderá la dicha de la esposa de Coco, su alegría y su nueva juventud, revelada en lo fino de su pelaje y en lo rápido de sus movimientos y gesticulaciones.

Para mayor felicidad de Piña, nos trasladamos á la Granja, y allí se la permitió explararse por los jardines, subiéndose á los árboles cuanto consentía el largo de una cadenita ligera. Ella danzaba por la copa de las acacias y entre el follaje de las camelias, soñando tal vez que el cielo era, no azul celeste, sino turquí; que el bosquecillo de frutales se convertía en cerrado manglar, y que en el estanque nadaban, en lugar de rojos ciprinos, pardos caimanes que dejaban en el agua un rastro de almizcle.

Ya no la prendíamos en jaula: nos contentábamos con amarrar su cadena, de noche, á una argollita. Cierta mañana encontramos la argolla y algún eslabón roto de la cadena, pero á Piña no. Apareció, después de largas pesquisas, en un alero del tejado, tiritando y medió muerta. Ebria de libertad y de luz, confundió las noches de Galicia con las luminosas y tibias noches antillanas, y el rocío, la niebla, el frío del amanecer la hirieron con herida mortal.

Expiró lo mismo que una persona, ó, por mejor decir, que una criatura: tosiendo, gimiendo blandamente, con agonía estertorosa, vi-

driándose sus ojos y humedeciéndose sus lágrimas. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra, echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

— Yo también quería llorar por la mona.
¡Pero no puedo!



LA CALAVERA

EL chillado habló así:
“Desde que por imitar á Perico Gonzalvo, que la echa de elegante y de original, puse en mi habitación, sobre un zócalo de terciopelo negro, la maldita calavera (después de haberla frotado bien para que adquiriese el bruñido del marfil rancio), empecé á dormir con poca tranquilidad, y á sentirme inquieto mientras velaba. La calavera me hacía compañía y estorbo, lo mismo que si fuese una persona, y persona fiscalizadora, severa, impertinente, de esas que todo lo husmean, y censuran nuestros menores actos en nombre de una filosofía indigesta y melancólica, de ultratumba. Cuando por las mañanas me plantaba yo frente al espejo para acicalarme, tratando de reparar, dentro de lo posible, el estrago de los cuarenta en mi rostro y cuerpo, no podía quitárseme del magín que la calavera me miraba, y se reía silenciosa y sardónicamente cada vez que aplicaba yo cos-

mético al bigote y traía adelante el pelo del colodrillo para encubrir la naciente calva. Al perfumar el pañuelo con esencia fina, al escoger entre mis alfileres de corbata el más caprichoso, oía como en sueños una vocecilla estridente, sibilante, mofadora, que articulaba entre la doble hilera de dientes amarillos todavía implantados en las mandíbulas: "¡Imbéciiiil de vaniiiiidoso!, Será una tontería muy grande; pero lo cierto es que me molestaba de veras.

"Por las noches, al recogerme, noté que la calavera se ponía más cargante, entrometida y criticona. Su respingada nariz y su boca irónica, tan parecidas (salvo la carne) á la expresiva fisonomía de Don Cándido Nocedal, me preguntaban y acusaban con una chunga despreciativa, capaz de freir la sangre al hombre más flemático:—¿Por dónde has andado, vamos á ver, grandísimo perdido, bôtarate de siete suelas? ¿Qué nido era aquel donde entraste esta tarde tan de ocultis? ¿Se puede saber quién te esperaba allí? ¿Y te crees buenamente, presumido, que con tu calvita y tus arrugas y tus cuarenta del pico estás ya para seducir á nadie? Por los monises, por las sangrías que te dan al bolsillo, campas tú, que si no... Vamos á ver: ¿qué te sacaron hoy con tanta zaragatería de la cartera? ¿No fué un billete de á cien? ¿No salió luego otro de á cincuenta por contrapeso? ¡Ah, memo Paganini, caballo blanco! ¡Lo que se divertirán con ese dinero á cuenta tuya!...

"Le aseguro á V. que la calavera, en este punto, entreabr a el tenazón de sus mandíbu

las, y se refa bajo, sin que las ondas de su silenciosa carcajada agitasen las del aire. Aprentando los dientes otra vez y adoptando el énfasis doctoral de quien sermonea sobre las miserias y locuras del mundo—mientras yo procedía á mis abluciones nocturnas ó buscaba en el armario de luna la camisa de dormir—continuaba:

—“Y después, ¿á qué más andurriales te condujo tu flaqueza? Lo sabemos, lo sabemos, aunque V. se lo tenga muy bien callado. Al Congreso, á adular al ministro Calabazote y al general Polvorín. A arrastrarte por los suelos, á ofrecerte incondicionalmente para todo lo que te ordenen y manden, á mendigar un distrito, ese soñado distrito que nunca llega, ni llegará, porque á ti te emboban con buenas palabritas y te sostienen hace cuatro años con la boca abierta esperando el higuí... Del Congreso... ¡No me lo niegues, porque estoy muy bien informada! Del Congreso te fuiste á la redacción del *Estómago*, diario ministerial que cobra cinco subvenciones y media, á que te insertasen un sueltécito de tu puño, donde te das bombo, incluyéndote en el grupo de personas caracterizadas que se disponen á prestar incondicional apoyo á la política de nuestro ilustre jefe Calabazote. Y á renglón seguido...

"Aquí me revolví furioso contra la intransigente censora, diciendo:

—“Bueno: ¿y á renglón seguido, qué? A renglón seguido me fui á comer con unos amigos... ¡Me parece que cosa más inocente y natural!...

—¡Tate, tate!—replicaba la calavera insufrible.—Las cosas, dichas así, parecen lo más sencillito... Pero á mí no me la das tú, aunque vuelvas á nacer cien veces... Ya soy vieja. Ya se me ha caído todo el pelo. La experiencia me hace sagaz. Fuiste á comer en casa del banquero Tagarnina, no porque sea amigo tuyo ni porque le estimes, pues bien persuadido estás de que su riqueza la granjeó arruinando á muchos infelices y saqueando al país con contratas y empréstitos, sino porque tiene buen cocinero y exquisita bodega, y también porque su mujer, ¡que es una mujer de patentel, has soñado tú que te mira con buenos ojos... cuando lo que hay es que los tiene preciosos, y no ha de ponerse á bizcar si los fija en tu cara. La verdad desnuda... ¿A que no se te ocurre ir á hacer penitencia con tus amigos los de Martinez, que te ofrecerían un modesto pucherito? Tagarnina ya es otra cosa; aquel Borgoña añejo... aquel Rin de principios del siglo... aquellas trufas de la *poularde*... Vamos, que aún se te hace agua la boca, compañero, si de eso te acuerdas... ¿Eh? ¿Qué magníficas estaban? Aún te relames, epicúreo... Y ahora, ¿qué tal? ¿Vas á acostarte para digerirlas como un prior?

—¡Acostarme! No, y ello es que no había más remedio. Encendida mi lamparilla, entreabría con cuidado las sábanas, me descalzaba, y ¡zas!, me hundía en el lecho blando. El primer momento era de bienestar incomparable. Mi cuarto y todos mis muebles son confortables y regalones, como de solterón egoísta que adorna

y prepara un rincón á su gusto, á fin de vivir en él hecho un papatache, saliendo fuera á comer y almorzar y teniendo su criadito que por las mañanas limpie y arregle. En la cama había puesto especial cuidado, considerando que la mitad de nuestra vida se desliza en ella. La lana más rica para el colchón; el plumón más caro para edredones y almohadas; mantas suaves, que se ciñen al cuerpo y no pesan; un cubrecama antiguo, de seda bordada de colores; en suma, una cama de arzobispo que padece gota y se levanta tarde. ¡Ay! ¡Qué bien me sabía la camita deliciosa antes de que por rutina, por ese espíritu de plagio, que es el cáncer de nuestra sociedad, incurriese yo en la tontuna de traerme á mi cuarto una porquería como la dichosa calavera!

—Apenas empezaba á conciliar el primer sopor entre el grato calorcillo de las amorosas mantas, la calavera, antes tan campechana y bromista, mudaba de registro, se ponía trágica, y balbucía—en honda y cavernosa voz, que sonaba cual si girase entre las descarnadas vértebras por falta de laringe,—cosazas pavorosas y tremendas. De las cuencas llenas de sombra parecía brotar diabólica chispa. Los dientes castañeteaban como estremecidos por el pavor. Yo sepultaba la cabeza entre las sábanas temiendo *oír*; pero el caso es que oía, oía; la voz de la calavera penetraba al través de aquel muro de lienzo, y, desliziéndose como una sierpe en el hueco de mis oídos, llegaba á mi cerebro excitado por el estúpido temor y la

sugestión del insomnio, que se convierte muy luego en el insomnio mismo.

— „¡Hola! ¿Qué es eso? ¿No duermes, no te entregas como otras veces al placer de roncar á pierna suelta, después de hacer tu gusto todo el santísimo día? ¿Es acaso mi proximidad lo que te desvela? ¡Ah, bobo! ¡Inconsecuente! ¿Pues no piensas tú, para mayor comodidad tuya, para quitarte los escrúpulos y vivir según te acomoda y no privarte de nada, que yo soy únicamente un poco de fosfato de cal, la cáscara de una nuez ya digerida por el tiempo? Pues si soy *eso*, ¿por qué cavilas tanto en mí, hombre pusilánime? ¿Hase visto fantasmón? ¿Explicame por qué se te ocurre á veces cavilar qué será de mi alma, por dónde andará rodando? ¿Conque mucho de despreocupación, y espíritu fuerte, y materialismo de Cervecería Inglesa y Café de Viena, y apenas apaga V. la palmatoria ya le tenemos acordándose de...”

„Los dientes de la calavera—ó tal vez los míos—se entrechocaban con fuerza convulsiva, y salían entrecortadas estas dos palabras tremendas:

— „¡La Muerte!... ¡El Infierno!

„La calavera prosiguió más bajito aún:

— “El Infierno... quedamos en que no crees en él. ¿Crear en esas papas? Está bueno para las viejas y los niños. Un hombre como tú, ilustrado, moderno, se ríe de semejantes farsas. ¿Tenazazos, llamas, calderas, gemidos, demonios rabudos, eternidad de penas? A otro perro con ese hueso. Corriente: descartemos el Infierno...”

Mandémoslo retirar á toda prisa. No sirve ya. Al cesto con él...

„Daba yo una vuelta en la cama, buscando postura mejor, y la calavera susurraba:

— “Pero lo que es en *lo otro*... en la de la guadaña... Vamos, lo que es en esa... crees á puño cerrado. ¿Acerté?”

„Un soplo glacial acariciaba mis sienes. En la raíz de mis cabellos, gotitas de sudor se cuajaban. Mis nervios, encalabrinados, gritaban con furia: — Cualquiera duerme hoy.

— „Vamos, que de esta vez he puesto el dedo en la llaga—recalcaba la calavera.—¿A que sí? No la echés de guapo, compañero; aquí no estamos á engañarnos... Nos conocemos, camará. Tus medranitas te pasas de vez en cuando, acordándote de la *hora* que ha de sonar sin remedio alguno... Porque, ¡mira tú qué cosa más diabólica! Nunca te llegará, probablemente, la de salir diputado, gracias á la influencia de Calabazote; es regular que tampoco suene la de tú primer cita con la señora de Tagarnina el banquero; casi puede jurarse que no verás la de cobrar aquel pico que te deben, ni la de que te adjudiquen la hacienda del Encinarejo, ni la de colgarte la gran cruz, ni ninguna de esas horitas que tu vanidad desea... Pero en cambio, la hora... aquella en que no quieres pensar nunca..., aquella que te empeñas en suprimir con la imaginación...; lo que es esa... aunque se descompongan todos tus relojes... ha de sonar, más fija, más puntual... más exacta! ¡Ni un segundo de atraso... ni uno!

„Temblor general se apoderaba de mis miembros, y en las sienas parecía que me pegaban furibundos martillazos.

„Hace poco días—continuaba la voz—viste morir de una pulmonía fulminante al bueno de Paco Soto. La víspera de caer en cama corrísteis una broma en Fornos con la Belén Torres... ¡Ya ves si tengo yo informes! A mí no se me escapa ni esto... ¡Cuánto se reía Paquillo! Bueno: pues tú llevaste una cinta de su féretro... ¿No te acuerdas? Y estuviste en la Sacramental, y viste cómo le metieron en el nicho... ¿A ti te gustaría que te soplasen en un nicho? ¿A que no? Más calentita está la cama tuya... y más blanda... ¿eh? Pero lo del nicho tiene que llegar... ¿Y qué me dices? ¿Por dónde andará Paco Soto, con aquellas guasas que gastaba y aquella afición suya á cazar y á comer y á beber seco? ¿Crees tú que es enteramente imposible que el alma de Soto...? ¡Ah! No me acordaba de que eso del alma se te hace á ti muy duro de tragar... muy durillo. Bueno: admitido que eso del alma... Pero si en cerrando el ojo se acaba toda la fiesta, ¿por qué diantres me tienes así... este respetillo... este pavor... este?... Mira... ahora calo yo tu conciencia, hasta lo más hondo de ella... Mañana has determinado echarme al pozo... ¡Qué vergüenza!... ¡Cobarde! Me has cogido miedo, miedo supersticioso, pero cervical... ¡Ja, ja! Miedo, miedo. Como se lo tienes á lo otro..., al final..., al desenlace de la comedia... Por eso me echarás al pozo; porque yo soy una vocecita misteriosa que te habla de lo que

hay por esos mundos desconocidos... y, mal que te pese... ¡chúpate esa!, reales, reales... reales!

„Me incorporé en la cama, con los pelos erizados.—Bribona, mañana te juro que vas por la ventana á la calle. Espantajo del otro barrio, yo te ajustaré las cuentas. A tu sitio, que es la tierra; á pudrirte, á disolverte, á hacerte polvo impalpable. Lo que es de mí no te ríes tú. Ahora... á la perrera, á la leñera... A la basura, que es tu sitio.

„Encendí fósforos, la palmatoria, el quinqué... Así el cráneo, y lo arrojé con ira al cajón de la leña. Lo célebre es que no me atreví á volver á acostarme. Pasé el resto de la noche en un sillón, azorado, nervioso, como si custodiase el cuerpo de un delito, la prueba de un crimen. Rayó el alba, y en el mismo sillón concilié algunos minutos de agitado sueño. Así que fué día claro, saqué la calavera, que me pareció á la luz del día un trasto ridículo; la envolví en un número de *La Correspondencia*; salí de casa, tomé un simón, y di orden de ir por la Ronda de Embajadores, hasta topar con un sitio retirado. Cerca de unas yeserías arrojé el bulto, que al caer dió contra una piedra, y desenvolviéndose del periódico, rebotó con ruido seco y lúgubre. —¡Ah, recondenada calavera! Ya no volverás á darme que hacer. Poco me importa que creas que te temo... No es á ti, fúnebre espantajo; es á mí propio, á mi imaginación, á mi cabeza loca á quien tengo un poco de miedo: por lo demás... Ahí te quedas, hasta que te descubra algún chicuelo que juegue contigo á la pelota...

„¡Con qué gusto me metí aquella noche en la cama! Iba á dormir, á reposar deliciosamente...”

—¿Y reposó V.?

—¡Ay, señora!—contestó á mi interrupción el chiflado.—La calavera ya no estaba en su zócalo de terciopelo.. ¡Pero si viese V.! De la habitación no había salido. Estaba más cerca de mí, estaba precisamente en el sitio de donde yo quise arrojarla... ¡Aquí, aquí!—repitió golpeándose la frente y el pecho.



CUATRO SOCIALISTAS

Por extraordinario, estaba la mar como una balsa de aceite. Las olas, de un verde vítreo alrededor de la embarcación, eran á lo lejos, bajo los rayos del sol, una sábana azul, tersa y sin límites. La hélice del vaporcillo batía el agua con rapidez, alzando, entre olores de salitre, espuma bullente y rumorosa.

De los pasajeros que se habían embarcado en Cádiz con rumbo á las africanas costas, cuatro, agrupados en la popa, conversaban. No se ha visto cosa más heterogénea que las cataduras de los cuatro. Uno era membrudo y rechoncho, y á pesar de vestir la holgada blusa del obrero, á tiro de ballesta se le conocía ser de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada, y que había de caerle bien á su tipo majo el marsellés y el zapato vaquerizo. Gastaba aborascadas patillas negras, y chupaba un puro grueso y apestoso. El otro, caballero por su ropa y por sus trazas, era alto y descolorido, de cara inteligente y seria; sus ojos miopes, fatigados, de rojizo y lacio párpado, los amparaban lentes de

oro. El tercero era un viejecito, tan viejecito, que le temblaba la barba al hablar, y la falta de dientes le sumía la boca debajo de la nariz; y si no mentía el burdo sayalote negruzco, el manto de la misma tela y color, con cruz roja, el cordón de triple nudó y las sandalias, pertenecía á alguno de los numerosos colegios de Misioneros Franciscanos establecidos en el litoral de Africa. El cuarto... es decir, la cuarta, llevaba el desairado hábito de las *Hermanitas de los Pobres*; era joven, coloradilla, de cara inocentona y alegre, parecida á la de ciertas efigies de palo que se ven en los templos de aldea. El obrero estaba sentado sobre un fardo, con las piernas muy esparrancadas; los demás de pie, reclinados en la borda.

—Pues na, que el hombre se cansa de vivir á la sombra y aguantando malquereres—gruñía el de la blusa, ceceando y escupiendo de costado.—O ha de ser uno un borreguiyo que diga *amén* á cuanto se le antoje al patrón, y se deje chupar la sangre toda, ó ya sa fastidiao. Y aluego le cuelgan á usted el sambenito: que levanta usted de cascos á los demás, y que donde está usted se armó la gresca. Porque me vieron en un *mitln*, ya toó Dios que se desmandaba tenía yo la culpa. Porque un día cae una pelotera cerilla... un descuido... en el almacén, y se alsa una llamará que se quería tragar la fábrica... ¿quién había de ser? Curro, y aposta. Yasté ve que... fumando...

—Pues mucho cuidadito —respondió el de los lentes— con que en el gran establecimiento agri-

cola industrial en que le daré á V. trabajo, caiga cerilla ninguna... ¡Eh! Porque yo tengo tan malas pulgas como los patronos.

—Y es la fija; tóos los burgueses, idénticos —declaró el obrero con voz opaca y sombrío mirar.

—No soy burgués—repuso con imperceptible desdén el aludido.—Mi padre hacía zapatos en Ecija. A fuerza de privaciones me dió carrera. Seguí la de ingeniero mecánico. No poseo un céntimo de capital; sólo tengo mi cabeza y mi corazón. Paso al Africa á dirigir en parte una empresa que se funda con dinero inglés y brazos españoles, á competencia con las industrias francesas, que son allí las boyantes. Estaré al frente de los talleres. Se me ha dado carta blanca, y podré aplicar las nuevas y humanitarias ideas sociológicas, relativas á la vida fabril. Bajo mi dirección no habrá explotados. Se amparará á la mujer y al niño. Se ensayará la cooperación. Moralidad, equidad, justicia. Si no, dejo el puesto. Pero... ¡al que me revuelva el cotarro... sin escrúpulo ninguno, y como á un lobo rabioso... le salto la tapa de los sesos! V. verá si le trae cuenta entrar en mis talleres.

Habiase puesto de pie el obrero, y en sus morenas facciones y por su frente de bronce, expuesta al sol, corrían como olas encrespadas arrugas profundas, surcos de odio. Su mano se crispó en la cintura, señalando bajo la blusa el relieve del ancha navaja cabriterá. —Mas de pronto, y sin transición, con la movilidad del

meridional, adoptó expresión halagüeña, melosa, casi humilde, y dirigiéndose al Franciscano y á la Hermanita más que al de los lentes, exclamó:

—¡Pues no que no entraría! Clavos timoneros soy capaz de arrancar con los dientes pa enviar algo de parné á la mujer y á los chiquititios. El corazón traigo como una lenteja, de que se me queden allá hambreado, después de tantas crujidas y tantas necesidades como aguantaron ya en este pinturero mundo. En especial la gurruminiya de once meses, me la llevaría yo, si pudiera, en los hombros como San Cristóbal, y la daría yo tortas de almibar amasás con mi sangre. ¡Por estas!

Y al besar la cruz de los dedos, una lágrima asomó repentinamente á los lagrimales del anarquista incendiario.

—¡Válganos la Virgen Santísima, qué desgracias hay en la tierra!—exclamó la Hermanita con simpatía profunda.

—Eso está muy bien—pronunció con calma el ingeniero.—Quiera V. mucho á sus chicos, y trabaje para ellos, y no se ladee... y le irá mejor. De los atentados y los crímenes no nace la justicia social. ¿A que el Padre está conforme?—añadió dirigiéndose al franciscano.

—Entiendo poco de estas novedades de ahora—contestó el fraile afablemente, en voz cascada y lenta.—Yo, con decir misa, confesar y obedecer... Lo único que sé, es que nosotros, desde hace quinientos años, vivimos bajo el sistema de la comunidad de bienes. Por nosotros, aun-

que todo se repartiera... Ya ve V.: no podemos poseer ni el valor de un céntimo; no somos propietarios ni aun del sayal que nos cubre. Si V. me pregunta sobre eso, de que tanto se habla, del socialismo... un pobrecito fraile como yo, lo único que opina es que los ricos, por su propia conveniencia y para ganar el cielo, deben ablandarse de entrañas y dar mucha limosna... y los pobres ser resignados y laboriosos, porque dice el Evangelio que pobres siempre los habrá en el mundo, siempre...

—Bonito conzuelo é tripaz—gruñó el anarquista.

—¿Qué hizo nuestro Santo Patriarca?—prosiguió el viejecito con una llama de entusiasmo en las pupilas.—Dió cuanto tenía á los pobres... No quiso propiedad, no quiso dinero, porque la codicia es la que estraga el corazón... Nos descalzó, nos mandó pedir limosna... Quiso que todos fuésemos iguales, sin vanidades, ni distinciones, ni soberbias tontas, que se han de acabar en el sepulcro... ¿Hablan de nivelación social? Me parece que para nivelados... Que lo diga aquí la Hermanita; es cosa muy buena el ser libre y pobre; el dar de puntapiés, así, con la sandalia, al mundo y á las riquezas malditas.

—¡Ay, Padre!—respondió la simplona.—Ya que pregunta á servidora... si no me regaña... le diré mi parecer. No soy como V. Soy muy codiciosa. ¡Vaya si me gustaría que se repartiesen tantos millones como andan por ahí mal empleados! Cogería servidora un par de cientos de milloncitos... y ¡anda con ella!

—¡Hermana Belén!—advirtió severamente el fraile.

—¡Pero, Padre Salvador! V. es un santo, y como es un santo, ni ve, ni oye, ni entiende. ¿Ha estado en Madrid, en alguno de esos palacios tan atroces? Servidora, sí... que me llevó la mujer del cochero á ver las cuerdas de aquél grandísimo que está junto á Recoletos... antes de la Castellana. ¡Padre del alma! Hasta espejos y fuentes, y pilas de mármol blanco, y alfombras tenían los caballos allí. ¡Y nuestros ancianitos sin mantas con qué abrigarse en el invierno, arrecidos, tiritando! ¡Y los niños, ángeles míos, traspillados de miseria! No me llame tonta... yo sé lo que me digo... Había un perrito de la señora marquesa, que me lo trajeron en un cesto acolchado de raso, y era un bicho horrible... con unos pelos... una rata me pareció, tanto, que servidora pegó un chillido, así: ¡Uyy! Pues el perro había costado allá en Inglaterra cinco mil pesetas... ¿V. lo oye, Padre: Cinco mil... Con cinco mil pesetas se echan los cimientos del Asilo para los ancianos...! Y al avechucho aquel me lo lavaban con jabón y agua de olor todos los días!... ¡Que si quiero reparto!

La carita de madera se había transfigurado; una ráfaga de pasión hacía brillar los ojos, fruncirse las cejas, palidecer las mejillas y dilatarse la nariz redonda.

—Si no fuera tan sencilla como es, hermana Belén, ahora merecería una peluca gorda—contestó el fraile.—Baje, baje á la cámara á ver cómo sigue del mareo la compañera.

La monjita obedeció, cruzando las manos, y echó á andar, sonándole las cuentas del rosario cuando bajaba la escalera. El vapor volaba, como si le animase la proximidad de la costa.

A lo lejos se divisaba ya el faro de Tánger.

